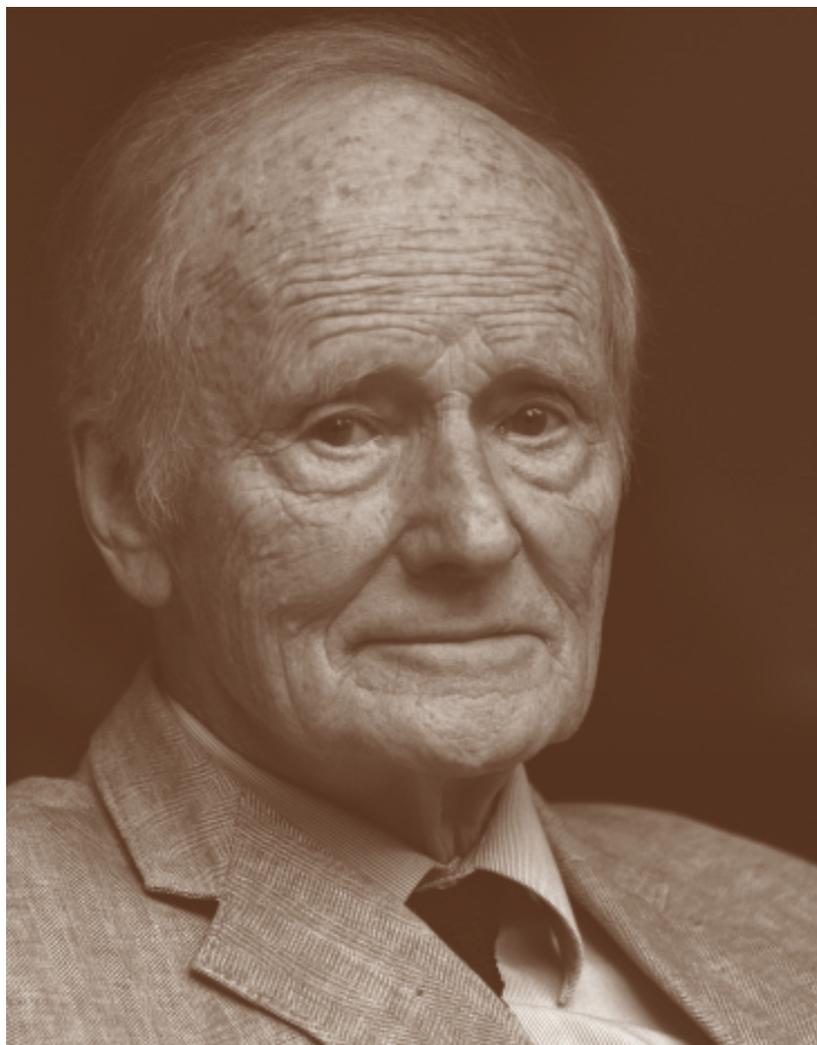


IN MEMORIAM
Robert Spaemann
(1927-2018)



In memoriam

Robert Spaemann (1927-2018)

FERNANDO SIMÓN YARZA

Universidad de Navarra
Departamento de Derecho Público e Instituciones Jurídicas Básicas
Facultad de Derecho
31009 Pamplona (España)
fsimon@unav.es

“Si la filosofía deja de ser la doctrina de la buena muerte, tampoco lo es de la vida buena. Entonces desaparece, deja de existir y ya no quedan más que los sofistas”. El 3 de mayo de 2001, tras evocar la vida y la muerte de Sócrates, Robert Spaemann concluía con estas palabras su discurso con ocasión de la recepción del *Premio Roncesvalles* de Filosofía, otorgado por este Anuario. Y no es aventurado decir que, con su vida y con su obra, se ha convertido en uno de los mejores epígonos del sabio ateniense en nuestro tiempo. Advertía en su biografía dialogada que “cada filósofo, cada persona que piensa, reflexiona sobre las experiencias que va teniendo en la vida, las cuales en absoluto se basan en la teoría, sino que están determinadas por el *eros* que mueve a los hombres”¹. Resulta oportuno, pues, hacer memoria de ese *eros* que, desde la niñez hasta la muerte, movió su intelecto.

1. R. SPAEMANN, *Sobre Dios y el mundo* (Palabra, Madrid, 2014) 87.

Hijo de padres conversos, el recuerdo más temprano de su infancia describe la sensación de alegría y plenitud indescriptible de un niño de tres años que, en el regazo de su madre, escuchaba medio dormido la salmodia cantada por los monjes benedictinos en la abadía westfaliana de Gerleve. Seis años después de la temprana muerte de su madre, acaecida en 1936, su padre recibiría la ordenación sacerdotal de manos del héroe de la resistencia contra el nazismo, el Beato Clemens August von Galen. Con su padre, precisamente, se aficionó a leer durante las comidas algunos diálogos de Platón. Así, el afán de verdad frente a la simple apariencia, la fe cristiana sencilla y la resistencia a la presión del ambiente político hostil fueron los tres signos bajo los que se empezó a edificar su existencia.

En 1945 comenzó sus estudios de Filosofía en la Universidad de Münster. Se doctoró en 1952 bajo la supervisión de Joachim Ritter, con una tesis sobre Louis de Bonald: *El origen de la sociología en el espíritu de la Restauración*. En 1962 se habilitó como catedrático de Filosofía y Pedagogía con un libro sobre François Fénelon: *Reflexión y espontaneidad*; y en 1969 fue llamado a suceder a Hans-Georg Gadamer como catedrático de Filosofía en la Universidad de Heidelberg, a la edad de cuarenta años.

Fue catedrático de Filosofía en la Universidad de Múnich entre 1973 y 1992, año de su nombramiento como emérito. En la capital bávara alcanzó la madurez como filósofo, y entonces comenzaron a ver la luz algunas de sus obras más relevantes. Entre ellas destacan su estudio sobre la teleología en la historia de la filosofía, publicado en 1981 y reeditado en 2005 con el título: *Fines naturales*; su gran obra dedicada a la Ética: *Felicidad y benevolencia*, publicada en 1989 y traducida al español en 1992; y, ya como profesor emérito, *Personas. Acerca de la distinción entre 'algo' y 'alguien'*, obra aparecida en 1996 y traducida al español en el año 2000.

Doctor *honoris causa* por la Universidad de Navarra en 1994, uno de los grandes empeños de su obra —tal vez el más recurrente— consistió en reivindicar el lugar indispensable del pensamiento teleológico en la Filosofía. Subyacente al cientificismo preconizado en los albores de la Modernidad por Bacon, Hobbes o Descartes se encuentra la reducción del deseo de conocer a un mero interés

por dominar el mundo, por ser “*maîtres et possesseurs de la nature*”². Spaemann, sin embargo, afirmaba que existe otro interés de la razón de carácter más elevado que, a diferencia del interés por dominar, no conduce a examinar el mundo como un objeto extraño sino a familiarizarse con él. Un interés que, por utilizar un símil de Goethe, mueve al ser humano a un conocimiento cuyo paradigma no es el dato objetivo extraído en un interrogatorio forzoso, sino la intimidad vivida en la conversación amistosa³. El contenido de este interés, en el cual se basa la contemplación y la reverencia ante la realidad, fue identificado por Spaemann con lo que los estoicos denominaban *oikeiōsis*: “enraizarse”, “familiarizarse”, “hacerse un hogar”; y en el desprecio a este interés, a la *oikeiōsis*, cifraba su crítica de la Modernidad científicista:

Si (el ser humano) ‘desteleologiza’ completamente el mundo, entonces se cumple lo que dijo Pascal acerca del silencio de los espacios infinitos, que aterra profundamente al hombre: se ve a sí mismo como un solitario vagabundo en un universo sin sentido⁴.

En su afán por dominar el universo, el ser humano dejaría de aproximarse a él familiarmente. Es más, llegaría a despreciar los antropomorfismos con que interpretamos la realidad, como si fuese posible conocer la realidad de un modo no antropomórfico. Desde una arrogancia ignorante y cacareando un “progreso” a la deriva, el hombre subyugaría el universo como un esclavo. Se produciría entonces lo que Adorno y Horkheimer denominaron la *dialéctica de la Ilustración*: siendo parte de la naturaleza subyugada, el hombre se convertiría en esclavo de su propio poder⁵. Un sinfín de problemas extendidos en nuestro tiempo como la crisis ecológica, la negación

2. R. DESCARTES, *Discourse de la Méthode* (Librairie Joseph Gibert, Paris, 1943) 56.

3. J. W. V. GOETHE, *Goethes Werke* (Sophien-Ausgabe, Weimar, 1893) II, 11, 147.

4. R. SPAEMANN, *Sobre Dios y el mundo* (Palabra, Madrid, 2014) 241.

5. M. HORKHEIMER y T. W. ADORNO, *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente* (Querido, Amsterdam, 1947) en especial el capítulo primero (Begriff der Aufklärung).

de normatividad en la naturaleza o la *hybris* transhumanista, serían la consecuencia lógica de querer ser un dios sin patria, de acallar el interés antropológico elemental, humilde y gozoso, por eso que los estoicos llamaban *oikeiōsis*.

La *oikeiōsis*, ese interés en “familiarizarse” y “encontrar-la-patria”, caracteriza bien el *eros* que movió a Spaemann desde que, en el regazo materno, escuchaba con gozo la salmodia de los monjes benedictinos de Gerleve. Expresamente recordaba este momento en sus *Meditaciones* sobre los Salmos, elaboradas durante décadas y publicadas poco antes de su muerte: *laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus* —“¡Qué alegría cuando me dijeron: ‘vamos a la casa del Señor!’” (Sal 122,1)—. Desde una lúcida consciencia de la caducidad de este mundo y una profunda fe en la bienaventuranza eterna, su vida refleja aquello que San Josemaría afirmaba del cristiano: “ser del mundo sin ser mundano”. En sintonía con este pensamiento se expresaba al hilo de su meditación sobre el Salmo 119,19: “soy un forastero en la tierra, no me ocultes tus promesas”:

La vida del cristiano es la vida de un ‘extranjero’ que, naturalmente, pertenece a algún lugar, posee incluso la ciudadanía, cumple sus deberes cívicos y se comporta amable y servicialmente con todos; si bien, allá donde esté, nunca está del todo ‘a tono con las cosas’. La tierra de su anhelo está en otro lugar, dado que no puede olvidar la belleza que experimentó una vez⁶.

Así vivió, tratando cordialmente a unos y a otros, mas nunca del todo “a tono con las cosas”. Esto le llevó a poner su talento al servicio de la verdad, sin ceder a una corrección política que, teniendo en cuenta su inteligencia, podría haber alimentado, sin grandes esfuerzos, a base de sofismas ingeniosos. Habría cosechado más aplausos y menos críticas, pero no era ese su *eros* ni, por consiguiente, su alegría. *Auch dieser da war bei Jesus von Nazareth* (Mt 26,71).

6. R. SPAEMANN, *Meditaciones de un cristiano. Vol. II: Sobre los salmos 52-150* (BAC, Madrid, 2017) 165.

BIBLIOGRAFÍA

